

Fundamentos y tensiones del sistema político moderno

Comentario a la obra de David Easton, *Esquema para el análisis político*

Pablo de San Román*

Resumen

El presente trabajo profundiza sobre la teoría política de David Easton y la incidencia que sus ideas tuvieron para la comprensión del sistema político y de las relaciones sociales en la época actual. Indaga sobre el concepto de “asignación autoritaria de valor” y la construcción de un ideario que explica el orden político como persistencia de la autoridad. Analiza las particularidades de este sistema y las formas que configuran y justifican las relaciones de jerarquía en su interior.

Enfatiza sobre el valor del sistema político como instancia de resolución de conflictos originados en la distribución de unos bienes escasos, colectivamente valorados. De imposiciones distributivas cuyos efectos, modificando el esquema de relaciones vigentes, son globalmente aceptados. Las preguntas que formula este trabajo son: ¿qué condiciones posibilitan esta aceptación?; ¿cómo administra el sistema político la imposición de costos?; ¿qué situaciones (tensiones) suponen un desafío para su autoridad?; ¿cómo pueden estas tensiones invalidar la legitimidad del sistema?

El trabajo contiene una sección metodológica que explica la aportación de Easton a la teoría política y social. A la construcción de un “esquema narrativo” que analiza la trascendencia de los comportamientos y estímulos que impactan significativamente en el sistema político. Estas consideraciones corresponden a la primera parte de la obra *Esquema para el análisis político*, tomada como referencia para la realización de este trabajo.

Interés político de los sistemas sociales

¿Qué es lo que diferencia a un sistema político de cualquier otro sistema? ¿Qué hace que valoremos al sistema político como “más interesante” y que consideremos sus interacciones como socialmente significativas? ¿Qué esquemas conceptuales intervienen en la explicación de este planteo?

En su comentada obra *Esquema para el análisis político*, David Easton aborda este problema. Ensayo una serie de categorías que toman al mundo político como unidad de análisis y que explican bajo qué condiciones un sistema de convivencia

* Doctor en Ciencia Política por el Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset de Madrid, profesor de Análisis Político de la Universidad Nacional del Litoral, Argentina, e investigador del Centro de Investigaciones Sociales de esta Universidad. Es además investigador asociado del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Alcalá, España.

puede resultar políticamente interesante. Se pregunta cuáles son las expresiones que, en forma de tensiones o conflictos, determinan esta condición.

Para aclarar el punto *ab initio* Easton señala que, como ocurre en la teoría política clásica, lo trascendente es la configuración del poder. El empleo autorizado de los recursos colectivos y el paradigma que justifica su transferencia y aplicación. Luego, un sistema político es interesante cuanto más claramente se visualizan los elementos que motivan las "asignaciones autoritarias de valor". Aquellas decisiones que, entre otras cosas, deciden la distribución de bienes colectivamente valorados, sean estos tangibles o intangibles.

El secreto de la sociedad política reside en la forma en que ésta resuelve la mencionada distribución de manera "no traumática" o mediante la imposición de un costo aceptable. Cuando encuentra un proceso que permite que sus miembros acepten obligaciones externamente decididas (es decir, realizadas por actores distintos a uno o con intereses contrapuestos) y que, por configurarse dentro del mundo político, revierten una trascendencia particular¹.

Dicha trascendencia es explicada por Easton señalando que "como parte de un sistema político societario [los actores] intervienen en procesos en los cuales quedan a su alcance *todos los problemas de la convivencia* y no sólo algunos de ellos. Por ende, el sistema político tiene un margen de responsabilidades mayor que los sistemas parapolíticos de los subgrupos (...) Las autoridades de los sistemas políticos se distinguen por su capacidad especial de movilizar los recursos y las energías de los miembros del sistema y lo pueden hacer en nombre de la sociedad y con la autoridad obtenida por la aceptación de su posición en aquella" (Easton, 1969: 83).

Para clarificar este punto podríamos suponer, por ejemplo, que algunas personas gozan de una mejor posición que otras porque, más allá de las circunstancias

¹ Es relevante en este sentido no descuidar la idea de utilidad. Es decir, el valor que los hombres asignan al sistema político calculando que, aunque no se vean transitoriamente beneficiados, en un futuro obtendrán una ventaja. Esta "transacción" con el sistema supone una explicación más profunda a cerca de las motivaciones que llevan al individuo a aceptar las reglas y a transferir parte de sus recursos —y de su libertad— al gobierno. El punto es tratado por Kenneth Shepsle quien en el análisis de la elección racional propone no subestimar los "andamiajes institucionales" que, más allá del costo que suponen, proporcionan un medio para "orientar colectivamente" las conductas. Son estructuras que, valiéndose de la autoridad, facilitan la integración funcional del individuo (Shepsle, 1988: 9). Este punto es analizado más adelante.

contextuales, trabajaron más, comerciaron más o fueron más hábiles. Porque lucharon tenazmente o porque, excepcionalmente, tuvieron un golpe de suerte. Esto corresponde a lo que podríamos llamar una justicia proporcional y establece una jerarquía de orden material; de bienes recibidos en relación a un mérito económicamente ponderado.

Sin embargo, esto no es lo que ocurre en el campo político; en el sistema de reglas que determina la vida en sociedad. La dificultad aparece cuando lo que debemos explicar no son compensaciones adquisitivas sino situaciones de mando de índole no material. El hecho de que, mediante dispositivos no económicos (pero que pueden influir en la economía) algunas personas ordenen y otras obedezcan. Una distribución de poder independiente del cálculo proporcional.

Las preguntas que introduce este planteo serían, en consecuencia: ¿qué es lo que justifica que muchas personas acepten, en un medio social determinado, una jerarquía no proporcional? ¿Qué permite que una asignación externa de valores, donde corra el riesgo de salir perjudicado, sea pacíficamente aceptada?

Lo que sucede –afirma Easton– es que los bienes valorados por una sociedad, aquellos que ameritan una lucha por su distribución, son normalmente escasos. Implican algún grado de conflicto o “tensión significativa” y, en consecuencia, la intervención de un orden. Un orden que haga que estas asignaciones autoritarias se produzcan eficazmente².

El problema principal es que, para que exista tal estructura de poder, debe existir un hecho legitimador. Un fundamento que haga que las decisiones sean respetadas o, al menos, no esencialmente cuestionadas. Un orden que, suponiendo algún tipo de costos (por ejemplo en el pago de tributos) sea tolerado. En un principio –explica Easton– esta aceptación puede encontrarse en la costumbre, en la tradición o

² Este punto pareciera no ser debidamente resuelto por Easton, quien se limita a responder sobre la “naturaleza” del sistema político; sobre las relaciones que permiten que algunas conductas sociales sean reconocidas como políticamente interesantes. Una explicación alternativa puede encontrarse en la obra de Niklas Luhmann, quien profundiza sobre los factores que permiten una respuesta eficaz por parte del estado. Afirma que, en las sociedades contemporáneas, esta intervención se produce, esencialmente, por medio del derecho y del dinero, factores que aumentan la posibilidad de que el sistema político se “haga visible” frente al conflicto social. Cuando el sistema político recibe una comunicación del entorno (prestación), organiza una respuesta (función) y ésta es más evidente cuando se produce a través de las leyes o del manejo del presupuesto. Dicha explicación participa del enfoque teórico de Luhmann quien interpreta al sistema político como un gran proceso de comunicación (Luhmann, 1993: 105-106; y 1995: 7-27).

en el rito. Pero en nuestras sociedades, modernas, democráticas y cambiantes, estamos obligados a presentar otra explicación.

En los sistemas modernos, donde esta reasignación de bienes implica normalmente un saldo de costos y beneficios, el elemento comprensivo, aquello que nos obliga legalmente frente a una decisión, no se encuentra en la tradición, el mito, o la costumbre sino en la existencia del estado. En las instituciones que se ocupan de resolver las diferencias mediante una distribución obligatoria –pero generalmente aceptada- de los valores en curso.

Nuevamente, el centro del problema se ubica en la escasez. En la insuficiencia de unos bienes que, altamente valorados, implican un conflicto de apropiación³. A veces, y según la época, esta disputa se dirime por la acción independiente de los individuos o de algún grupo de presión. Pero, en muchas otras, digamos que en la mayoría, es necesaria la intervención de un poder. De una voluntad agregada que refleje la unidad social⁴.

Dentro de este modelo el estado simboliza la capacidad de intervención del grupo organizado en la solución del conflicto particular. Aquello que garantiza una *administración* de las disputas cuando éstas no se resuelven privadamente. Cuando dos personas (o grupos) quieren más de un mismo bien, o están dispuestos a pagar un costo altamente riesgoso por ello, poniendo en peligro la continuidad del orden.

³ La tesis de la escasez como problema central del sistema político es utilizada por Sheldon Wolin en su libro *Política y perspectiva: continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, al describir a la sociedad como un sistema de posiciones relativas cuyos actores reajustan sus objetivos según las condiciones de poder, riqueza e influencia. La situación de los recursos escasos transforma estas relaciones en "competitivas", consistiendo el orden político en el medio por el cual los individuos estabilizan su situación de acuerdo a sus necesidades cambiantes. La rivalidad que se produce en este terreno es lo que origina el conflicto y lo que hace que pensemos el sistema político como producto de los reajustes y perturbaciones característicos de la sociedad moderna. Bajo este modelo, el interés político consiste en hacer compatible la ocurrencia de estos conflictos con la preservación y estabilidad del orden institucional (Wolin; 1993: 19-20).

⁴ Los elementos constitutivos de la sociedad y del sistema político se hallan –a criterio de Easton- en la cooperación voluntaria de sus miembros, en el empleo de las energías y recursos que estos producen, y en la obediencia a una autoridad. Cuando alguno de estos elementos se resiente o pierde visibilidad, la persistencia del sistema se ve amenazada. Es la comunicación entre estos "niveles" lo que garantiza la posibilidad de vida política y, en última instancia, su continuidad. Las guerras o las catástrofes humanas interrumpen este proceso impidiendo la relación de autoridad, que regula la adjudicación de valores apreciados por la sociedad. "Si se producen ciertos hechos que impiden a los miembros de un sistema tomar decisiones políticas, o si una vez adoptadas son rechazadas en forma regular, no hay sistema político (democrático, totalitario o autoritario) que pueda funcionar. [Se descompone] en numerosas unidades menores" (Easton, 1969: 114, 139).

Precisamente aquello que constituye la preocupación central de la obra de Easton y que llama “persistencia del sistema”⁵.

Ninguna sociedad –afirma Easton– puede sobrevivir si no dispone de medios para imponer obligaciones sin grandes luchas; sin que el costo de ello suponga un daño irreparable para algún miembro. Lo normal es que varias personas o grupos deseen beneficiarse de tal o cual asignación. Pero esos grupos o personas no tendrán la misma legitimidad. No disfrutarán, en consecuencia, de la misma obediencia.

Es en este punto cuando el científico político debe aclarar el problema. Cuando el tema en cuestión es la naturaleza de la legitimidad y la forma en que “la política” convierte las asignaciones de poder en obligaciones generalmente aceptadas⁶.

Estas son las significaciones que tan especialmente refiere Easton en su obra y que merecen atención. Porque comprende que en la observación de estas diferencias, de las tensiones producto de la distribución orgánica de poder, se encuentra la esencia del fenómeno político. Porque indagando estos temas podríamos saber qué procesos producen legitimidad y cuáles no; qué conductas son entendidas como legítimas y cuáles conducen a la desintegración.

La significación a la que alude Easton es la búsqueda de “referentes conceptuales” que permitan comprender cómo se asignan los bienes políticamente relevantes en una sociedad. La forma en que, aún los desfavorecidos, expresan su

⁵ Podríamos agregar aquí que, en el análisis de las sociedades modernas, no solamente la disputa por un bien “colectivamente valorado” convoca la presencia del estado. Por el contrario, la escasez podría comprenderse como la ausencia crítica de esos bienes, una circunstancia que convierte el conflicto de interés en una lucha por la supervivencia. En el criterio original, el conflicto por la apropiación pareciera no suponer un problema estructural sino producto de la lucha por el prestigio, los ingresos o el status. El criterio ampliado vendría a profundizar este enfoque planteando no solo la regulación del conflicto, sino la atención, primordial, de las necesidades básicas. Sartori profundiza este matiz afirmando que la “preocupación social” del estado terminó por definir la división entre lo que veníamos comprendiendo como estado liberal -originado en la economía de mercado- y aquello que llamamos actualmente estado social o liberal-democrático (Sartori, 2003: 290).

⁶ El poder integrador del sistema político es particularmente tratado por Seymour Lipset en su obra *El hombre político: bases sociales de la política*, donde argumenta que el éxito o fracaso de las estructuras sociales integradas en un medio político debe medirse por el grado de aceptación de las decisiones colectivas, sabiendo que éstas pueden implicar un costo para alguna de las partes. Para Lipset, la legitimidad de las asignaciones depende de la pluralidad con que éstas se produzcan. O, más particularmente, de la multiplicidad de voces que intervienen en la formulación del debate. Lo opuesto, la desintegración, el conflicto, responde a un patrón “intolerante” de las conductas sociales característico de los sistemas en crisis, donde predomina el extremismo. La democracia quedaría constituida por un sistema de valores que contribuye a comprender tanto la necesidad de participación como de “afiliaciones cruzadas” en la toma de decisiones (Lipset 1963: 63-73).

aceptación. Que permitan analizar un sistema cuyo objetivo es resolver unas demandas de bienes escasos y simultáneamente perdurar, superar la radicalización.

Dentro de este modelo hay un criterio relevante y es el de considerar al sistema político como un sistema abierto. Es decir, determinado por las condiciones cambiantes del medio social. A criterio de Easton, el sistema político se encuentra en un *estado reactivo*, donde las influencias recibidas del medio externo generan una función. No estamos hablando de un sistema cerrado, donde solo cuentan las lógicas internas, sino de un sistema que va alterando el equilibrio de sus relaciones y de las expectativas de sus miembros, en función de los estímulos que recibe de la sociedad.

El sistema político es un sistema permeable que debe reconocer esa comunicación. Debe encontrar en su propia configuración los adecuados mecanismos de defensa. Este criterio es relevante porque permite comprender los cambios que se producen en la vida política cuando interviene un hecho extra político fundamental. Cuando acontecimientos que aparentemente se encuentran fuera del sistema, terminan influenciándolo y exigiendo cambios de "naturaleza política".

Easton menciona varios subsistemas que pueden afectar, dentro del sistema social abarcativo, al sistema político. Menciona el medio físico (o ecológico), el medio conductual (o psicológico), y el medio biológico (o de condiciones heredadas). Lo importante –señala- es identificar qué aspectos de estos medios son relevantes para el mundo político y de qué manera generan reasignaciones de valor. Luego, lo que concierne al analista es aplicar los "criterios" que individualizan el problema e intentar explicar los cambios.

La condición de abierto es importante porque nos obliga a pensar en sentido de proceso. O, mejor dicho, en un sistema que se expone a las influencias y que, bajo sus propias condiciones, produce una respuesta.

Un esquema de este tipo podría emplearse, por ejemplo, para pensar cómo reaccionaría un orden político (digamos, un sistema de gobierno, sus actores, sus organizaciones) frente a una crisis económica general. Cómo recibirían sus instituciones el impacto de esta crisis y cómo canalizaría las comunicaciones en respuestas. Qué tipo de reconfiguraciones haría –por ejemplo en el plano de la política

económica- y cómo se amoldaría a la nueva situación (Easton habla de proceso autorregulativo).

Hablamos del fenómeno económico porque es, tal vez, el fenómeno contemporáneo que más ha afectado la estabilidad del orden político. Porque es el que más lo ha puesto a prueba y porque, en este poner a prueba ha comprobado, entre otras cosas, la calidad de las instituciones o la competencia de los gobiernos – también podríamos hablar de problemas como el religioso, el demográfico, o el migratorio, sobre los que el mundo espera nuevas respuestas.

En el ejemplo de la crisis económica, las preguntas que deberíamos formular siguiendo este modelo serían: qué impacto ha producido ésta en el gobierno, qué tipo de respuestas ha generado y, especialmente, cómo se han reconfigurado las relaciones de poder *dentro* de este sistema. Cómo se han realineado los actores y cómo queda definida su estructura de cara al futuro.

El análisis de Easton logra “hacer fluido” al sistema político. No lo presenta como algo monolítico sino que, por su esencia, recibe “insumos” y genera “productos”. Advierte que su desarrollo está íntimamente conectado con el medio externo y que es esta interconexión la que define su esencia.

Imaginar un sistema político aislado –afirma Easton- es inadmisibles o exigiría un esfuerzo de imaginación superior. El sistema político tiene sus propias lógicas y sus propios problemas (por ejemplo, cómo funciona el sistema de gobierno, cómo funciona la división de poderes, cómo se articula la representación), pero no podríamos analizar este funcionamiento si no tuviésemos en cuenta los estímulos externos. Si no comprendiésemos que la reconfiguración de poder, además de implicar ajustes internos, implica una permeabilidad con respecto a lo que pasa en el *exterior*.

Easton abre una enorme posibilidad de analizar las crisis de representatividad; las crisis de institucionalidad; la ruptura entre el pueblo y el gobierno; la crisis de la política como situación de casta y otros temas. Y permite además saber qué clase de gobierno tenemos: si tenemos un gobierno sensible a las necesidades, o separado de ellas. Si tenemos un gobierno receptivo o enclaustrado. Si tenemos un gobierno eficaz o un gobierno errático.

Apuntes metodológicos

Metodológicamente, la obra de Easton advierte que el enfoque del analista político no debe estar centrado en las regularidades. Que no son las repeticiones de conductas observables lo que permite diferenciar un sistema político de cualquier otro, sino aquellos "significados" que hacen que un sistema sea políticamente interesante. Los indicios que permiten al observador distinguir por qué unos actores se comportan de determinada manera, y cuáles son los ejes motivadores de estos comportamientos.

Lo que a Easton le interesa (o lo que, a su criterio, hace interesante a los sistemas) no son las regularidades "naturales" de los mismos, aquello que nos permitiría identificar como sistema a casi todos los organismos en el mundo, sino sus nexos significativos. Y pensar si, de no existir estos elementos, nos interesaría investigarlo.

Para el científico político, que intenta indagar sobre las conductas predominantes en un sistema, no debe interesar tanto la frecuencia con que éstas se observan, sino su trascendencia. Los sistemas más interesantes son aquellos en los que las conductas se observan más explícitamente; donde las motivaciones son más nítidas y donde éstas otorgan al sistema una verdadera razón.

Al considerar el sistema político como un sistema natural no contribuimos a determinar su verdadera causa. Podemos observar las interacciones funcionales desde una concepción meramente física, pero no aclararemos nada más. No sabremos, por ejemplo, en base a qué decimos que un sistema es verdaderamente político.

La definición de "sistemas constructivos" (entiéndase sistemas con significado) llega tan lejos que el propio Easton se encarga de diferenciar aquellos que reclaman un interés conceptual, de los triviales, cuyos lazos sólo suponen "reflejos básicos". La selección de criterios es uno de los pasos fundamentales en el análisis de la vida política porque nos ubica en un lugar distinto al de seleccionar cualquier variable.

Las "categorías significantes" asignan a la comprensión del sistema una coherencia que no tiene que ver con los actos, sino con aquello que permite interpretarlos. Con las pautas que motivan una serie de reacciones y que,

agrupadamente, producen una regularidad. El sistema es el medio, y la obligación del analista político es detectar las consignas valorativas de ese medio. Construir un sistema “conceptual” que nos permita explicar su funcionamiento; hacerlo comprensible.

Que un sistema sea interesante o no depende de la “cohesión significativa” del mismo. Si los lazos son débiles, pues habrá poco que observar. Pero si estos son poderosos, si tienen una carga suficiente de valor, habrá un terreno fértil para la interpretación. La fortaleza o debilidad de estos lazos no determinan la existencia de un sistema (que depende de un conjunto de interacciones observables) sino que lo hace más o menos interesante.

Por eso, la responsabilidad del analista no es elegir caprichosamente una serie de categorías que lo dejen conforme para decir “hemos descubrimos un sistema”, sino proponer evidencias que ayuden a comprender su lógica. Que arrojen luz sobre las causas que hacen que un determinado sistema, o unos determinados actores dentro de ese sistema, se comporten de una manera particular.

La teoría de Easton es relevante porque no constituye una aproximación “naturalista” hacia el problema (aquella en que las interacciones de un medio dan coherencia al conjunto, a la vez que predeterminan a sus partes) sino que va en busca de un paso más. Va en busca de las causas y las relaciones.

Easton se niega a la simplificación que supone el empleo de las ciencias duras en el campo de las ciencias sociales. Se niega a entender el análisis político como la simple utilización de métodos empíricos para la observación del fenómeno social. Lo que plantea, en cambio, es que expliquemos, a partir del cuánto, los porqué y los cómo. Que indagemos en las conductas pero no en un sentido mecánico, o por el mero hecho de la regularidad, sino por las pautas que determinan un “tipo particular” de acción.

“Lo que reclama nuestra atención –advierte Easton- es decidir si el conjunto de actividades [de un sistema, el poder, la adopción de políticas, las comunicaciones, las conductas de los grupos, etc.] es interesante, en el sentido de si es “relevante” y nos ayuda a comprender algunos problemas teóricos, o bien si carece de valor o resulta trivial (...) Creemos, para nuestra comprensión, que algunas variables tienen mayor significado que otras en la comprensión del conjunto” (Easton, 1969: 56).

Los elementos significativos del sistema, aquello que le asigna interés conceptual, provienen de la interrelación que sus miembros mantienen con el medio más inclusivo, que es el medio social. Éste no es algo discontinuo o separado del sistema político, sino abarcador del mismo; contenedor de sus actividades. El mundo social es menos compartimentado de lo que pensamos y lo que en realidad interesa es observar su complejidad funcional; interpretarlo como sistema.

Visto de esta manera, el análisis político obliga a las abstracciones. Obliga a emplear categorías no necesariamente relacionadas con la empiria, sino con la identificación de relaciones. Desde el punto de vista metodológico, el sistema de Easton demanda una complementación de consideraciones empíricas con la elección de "referentes conceptuales" que permitan explicarlas. Exige un trabajo de aceptación del medio físico, pero señala que la contribución del analista es encontrar los vínculos significantes.

Nos obliga a presentar *narraciones* que expliquen el mundo político y a realizar una separación de este subsistema. Los subsistemas se entrelazan, interactúan y se comunican, generando una masa de conductas interrelacionadas que constituyen la unidad social. Pero, decíamos, la obligación del científico político es discernir lo particular de la vida política. Distinguirlo de otros sistemas.

El problema es complejo porque estos referentes (que también podemos llamar acciones u opiniones) se encuentran dispersos y entrelazados. "Un ciudadano – afirma Easton- que a la vez que compra un pedazo de pan intercambia opiniones con el vendedor sobre el candidato local o la disputa por un cargo político, aporta cierta "actividad" tanto al sistema económico como al sistema político" (Easton, 1969: 70).

Por ello es tan importante identificar "cuerpos de referencia" y, junto a ellos, conceptos que permitan explicar la realidad. La sociedad como conjunto puede presentarse como una masa indiscriminada de acciones, con una gran dificultad explicativa. Es metodológicamente imposible explicarla como un todo. Pero sí podemos diferenciar los hechos relevantes seleccionando una parte de ese todo social.

Para ello Easton recurre a lo que llama "variables críticas": aquellas que encontrándose en una gran masa de confluencias, dan sentido y proporcionan un orden a los comportamientos. Lo que desea Easton es generar explicaciones para

anticipar efectos. Dónde pueden encontrarse estas variables depende de la creatividad y la suspicacia del científico. Depende de la sensibilidad para observar y poner la atención no sólo en el medio físico sino, y más esencialmente, en el medio analítico.

Todo puede ser sistema -afirma Easton. Las cosas y los individuos pueden originar interrelaciones que produzcan (en un plano físico o material) “repercusiones”. Pero puede que éstas, como decíamos al principio, no resulten interesantes. Puede que no sigan pautas de conducta poderosas y que estemos en presencia de sistemas “triviales”.

“Si concebimos el sistema como un modelo físico –señala- en el que un grupo de personas biológicas está en interacción continua gracias a su condición de miembros de esta entidad, pues el sistema político no resistirá la prueba. Éste es menos tangible, menos real, pero tiene consecuencias tal vez más importantes para la vida en sociedad” (Easton, 1969: 69).

La regularidad significativa de los sistemas es el centro de la construcción teórica de Easton. Es una combinación de aceptaciones empíricas –donde todo puede ser medido- pero también de obligaciones críticas. El analista político está para “poner orden” a las sensaciones indiferenciadas de la sociedad y distinguir aquellas pautas que interesan. Aquellas que generan verdaderas repercusiones, de las que no producen nada ¿Estamos en condiciones de hacer esto?

Referencias bibliográficas

- Easton, David. 1953. *The political system*, Nueva York: Knopf.
- Easton, David. 1969. *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Easton, David. 1990. *The analysis of political structure*, Londres: Routledge.
- Lipset, Seymour. 1963. *El hombre político: bases sociales de la política*, Bs As: Eudeba.
- Luhmann, Niklas. 1993. *Teoría política en el estado de bienestar*, Madrid: Alianza.
- Luhmann, Niklas. 1995. *Poder*, Barcelona: Anthropos.
- Sartori, Giovanni. 2003. *¿Qué es la democracia?*, Santillana: Madrid.

Shepsle, Kenneth. 1988. "Studying institutions: some lessons from the rational choice approach", *Journal of Theoretical Politics* (Vol. 1, No 2, pp. 131-147).

Shepsle, Kenneth. 2006. *Rational choice institutionalism*, Oxford Handbook of Political Institutions.

Wolin, Sheldon. 1993. *Política y perspectiva: continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, Buenos Aires: Amorrortu.

Procesamiento de lo artículo en la revista

Presentado: 17/11/2011

Aceptado: 03/07/2012